

# La Operación Cóndor: un enfoque comparativo

NORBERTO BARRETO VELÁZQUEZ

*Universidad del Pacífico*

barreto\_n@up.edu.pe

La violencia del Estado ha sido un elemento importante en la historia política latinoamericana. A lo largo de los últimos doscientos años, los estados de América Latina no han dudado en recurrir a la fuerza para enfrentar amenazas y enemigos internos. Los sables, los garrotes y las balas han caído sobre estudiantes revoltosos, obreros en huelga, campesinos rebeldes, guerrilleros alzados, etcétera. Basta recordar la guerra de Canudos en el Brasil republicano, la violencia del Porfiriato contra los mineros en Cananea o la masacre de miles de campesinos salvadoreños en los años treinta del siglo pasado.

En esta historia de violencia estatal destaca un periodo en particular: las décadas de 1970 y 1980. Durante esa etapa, diversos sectores de la población de un grupo de países sudamericanos experimentaron una violenta represión por parte del Estado. En las llamadas «guerras sucias», miles de personas fueron violadas, torturadas, asesinadas y/o desaparecidas por su vinculación —real o imaginada— con partidos o grupos de izquierda. Estas guerras sucias, llevadas a cabo por dictaduras militares, formaron parte de una campaña de terrorismo de Estado conocida como la Operación Cóndor (OC). Integraban esta red Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay.<sup>1</sup> Las fuerzas de inteligencia de

<sup>1</sup> A esta lista hay que agregar al Perú y a Ecuador, aunque con la salvedad de que ambos países se integraron tarde a la Operación Cóndor y jugaron papeles secundarios.

estos países —algunos de ellos enemigos históricos— desarrollaron una colaboración sin precedentes en la destrucción de lo que consideraban un enemigo común.

La OC ha llamado la atención de un grupo de estudiosos latinoamericanos, europeos y estadounidenses, quienes han desarrollado una interesante literatura sobre este tema.<sup>2</sup> Una de las analistas más destacadas de este periodo es J. Patrice McSherry, autora del libro *Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America* (2005). En esta obra —que ha sido traducida al castellano como *Los estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina* (2009)—,<sup>3</sup> McSherry presenta una visión panorámica y un análisis comparativo de la OC. La autora busca entender por qué militares de países que históricamente habían sido enemigos lograron coordinar y poner en práctica una cruel y letal cruzada «contraterrorista». Estados Unidos juega un papel muy importante en el libro de McSherry, ya que esta identifica a la nación norteamericana como una integrante más de la OC, así como su fuente secreta de inteligencia y de apoyo financiero y técnico.

La autora propone que la mencionada Operación fue producto de la lucha de clases que vivió América Latina en la década de 1970. Según

<sup>2</sup> Véanse, por ejemplo, Esparza, Marcia, Henry R. Huttenbach y Daniel Feierstein. *State Violence and Genocide in Latin America: The Cold War Years*. Londres/Nueva York: Routledge, 2010; Mendonca, Daniel. *Tortura, represión y constitución*. Asunción: Editora Intercontinental, Centro de Estudios Constitucionales, 2009; Menjívar, Cecilia y Néstor Rodríguez. *When States Kill: Latin America, the U.S., and Technologies of Terror*. Austin: University of Texas Press, 2005; Roht-Arriaza, Naomi. *The Pinochet Effect: Transnational Justice in the Age of Human Rights*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2005; Gaudichaud, Franck. *Operación Cóndor: Notas sobre el terrorismo de Estado en el Cono Sur*. Madrid: Sepha Edición y Diseño, 2005; Carrió, Alejandro. *Los crímenes del Cóndor: El caso Prats y la trama de conspiraciones entre los servicios de inteligencia del Cono Sur*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005; y Buriano Castro, Ana, Silvia Dutrénti y Guadalupe Rodríguez de Ita. *Tras la memoria: El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Instituto de Cultura de la Ciudad de México, Gobierno del Distrito Federal, 2000.

<sup>3</sup> McSherry, J. Patrice. *Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2005; y *Los estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009.

McSherry, los militares latinoamericanos derrocaron gobiernos civiles «cuando la orientación de clase del Estado se encontraba a punto de cambiar o se encontraba en el proceso de cambio para trasladar el poder estatal a los sectores sociales no elitistas». <sup>4</sup> Para ello contaron con el apoyo de las elites locales y del gobierno de Estados Unidos. La alianza entre las elites y los militares buscaba retener el control del Estado, amenazado por el avance de los grupos que demandaban cambios estructurales en los ámbitos político y socioeconómico. En otras palabras, tanto las elites como los militares latinoamericanos querían conservar su posición social y sus privilegios, evitando a toda costa una «redistribución de los recursos socioeconómicos». <sup>5</sup> El apoyo estadounidense fue el resultado de la doctrina anticomunista de seguridad nacional adoptada por el gobierno norteamericano durante la Guerra Fría. Tal doctrina consideraba a los movimientos progresistas y a los dirigentes nacionalistas de los países subdesarrollados como comunistas que debían ser combatidos. Los dirigentes políticos estadounidenses querían mantener su hegemonía hemisférica mediante gobiernos que les fueran favorables y defendieran el capitalismo, por lo que se coaligaron con las elites y los militares latinoamericanos.

Para defender sus intereses, y los de sus socios locales y extranjeros, los militares recurrieron al terror, el cual se tradujo en «métodos duros y violentos de control social». <sup>6</sup> Lo anterior se explicaba porque la OC, además de eliminar a los disidentes e izquierdistas, buscaba aterrorizar a las sociedades en las que operaba e imponer la parálisis política. Los militares de los distintos países dejaron a un lado las diferencias históricas que les separaban para crear «un sistema secreto de inteligencia y de operativos». <sup>7</sup> Este sistema permitió el intercambio de información, lo que facilitó la captura, tortura, ejecución y desaparición de sus opositores políticos.

<sup>4</sup> McSherry, *Los estados depredadores*, p. 39.

<sup>5</sup> *Ib.*, p. 60.

<sup>6</sup> *Ib.*, p. 61.

<sup>7</sup> *Ib.*, p. 25

La OC fue también el producto de una nueva forma de hacer la guerra: la contrainsurgencia. Como la guerra industrializada lo hizo a comienzos del siglo XX, la contrainsurgencia cambió la naturaleza del Estado y de la sociedad, aumentado la penetración del primero en la segunda. La contrainsurgencia generó «estados paralelos o en la sombra»<sup>8</sup> estructurados para aplicar y aumentar el poder represivo estatal, lo que implicaba llevar a cabo políticas encubiertas y secretas sin limitaciones legales.

McSherry ubica las raíces históricas de la OC en los ejércitos «de retaguardia» creados por Estados Unidos en Europa a comienzos de la Guerra Fría. Estos fueron parte de esfuerzos encubiertos del gobierno norteamericano para organizar «estructuras secretas paralelas a los gobiernos electos e instituciones democráticas» europeas.<sup>9</sup> Al igual que en el Viejo Continente, en América Latina se desarrollaron estados paralelos para combatir el comunismo fuera de la ley. Fueron estos estados en la sombra y sus ejércitos secretos los que sembraron el terror en Latinoamérica en las décadas de 1970 y 1980.

Una de las características más impresionantes de la OC fue el desarrollo de un nivel de colaboración «que no tenía precedente en América Latina».<sup>10</sup> Esta organización funcionaba de manera transnacional y extraterritorial, lo que permitía que agentes de inteligencia de un país operaran libremente dentro de las fronteras de otro. La OC fue, además, una operación multinacional. En los centros clandestinos de detención y tortura —como el tristemente famoso Automotores Orletti, en Buenos Aires— no había limitaciones nacionales, pues se interrogaba y torturaba a brasileños, uruguayos, chilenos y/o argentinos. Los agentes de la OC también operaron fuera del territorio sudamericano, como bien lo ilustra el asesinato en Washington DC de Orlando Letelier, ministro de Defensa del gobierno de Salvador Allende. La mencionada Operación contó también con tecnología avanzada —suministrada por el gobierno

<sup>8</sup> *Ib.*, p. 39.

<sup>9</sup> *Ib.*, pp. 57-58.

<sup>10</sup> *Ib.*, p. 29.

estadounidense— y con el apoyo de «sindicatos del crimen y organizaciones y redes extremistas», como las del exilio cubano.<sup>11</sup>

El papel de Estados Unidos es un elemento clave en este libro. Según la autora, la OC fue el resultado de las relaciones que se desarrollaron entre las fuerzas armadas latinoamericanas y las estadounidenses en los programas de entrenamiento antsubversivo y contrainsurgente que se impartieron en la Escuela Militar de las Américas y otros centros de entrenamiento del gobierno norteamericano. Estos programas ayudaron a que los militares latinoamericanos hicieran suya la doctrina anticomunista de seguridad nacional estadounidense y la pusieran en práctica en sus países. El gobierno de Estados Unidos no se limitó a entrenar torturadores, ya que varias agencias y ramas del Estado norteamericano «colaboraron activamente» con la OC. De acuerdo con McSherry, dirigentes políticos estadounidenses de alto nivel —entre ellos Henry Kissinger— consideraron a la mencionada Operación como «un arma eficaz para la cruzada anticomunista en el hemisferio».<sup>12</sup>

La autora examina las doctrinas y prácticas contrainsurgentes y de guerra sucia desarrolladas por los franceses en Argelia e Indochina, así como también las doctrinas y prácticas contraguerrilleras estadounidenses, como antecedentes e influencias importantes para la OC. McSherry concluye que aunque la influencia francesa fue «esencial», la de los norteamericanos fue determinante. Miles de oficiales latinoamericanos fueron entrenados en centros como la Escuela Militar de las Américas, en equipos móviles de adiestramiento (Mobile Training Teams, MTTs) y en el Programa Internacional de Educación y Adiestramiento Militares (International Military Education and Training, IMET). Fue en estos centros de entrenamiento donde se les inculcó la doctrina anticomunista de seguridad nacional estadounidense. Fue allí donde los militares latinoamericanos «empezaron a caracterizar los conflictos nacionales como conspiraciones comunistas internacionales y a presentarse como

<sup>11</sup> *Ib.*, p. 37.

<sup>12</sup> *Ib.*, p. 57.

soldados en línea de combate en una guerra santa mundial». <sup>13</sup> Los centros de entrenamiento estadounidenses transformaron las «perspectivas estratégicas» de los oficiales latinoamericanos y, por ende, contribuyeron al desarrollo de un «régimen contrainsurgente» que pondría en práctica «nuevas formas de represión masiva». <sup>14</sup> En otras palabras, fue en dichos centros donde la tortura se convirtió en un arma ideológica. Pero cabe preguntarse, ¿era necesario adoptar esta doctrina para enfrentar la amenaza de las fuerzas populares? ¿Adoptaron los militares latinoamericanos la doctrina anticomunista estadounidense por afinidad ideológica o en busca de ventajas económicas y materiales?

Aunque la autora se concentra en los socios mayores del OC, también presta algo de atención a los dos socios menores: Ecuador y el Perú. Según McSherry, Ecuador se integró a la OC en 1978, y aparentemente el Perú lo hizo el mismo año. De acuerdo con la autora, en 1978, la DINA (la agencia de inteligencia chilena),

asignó a un agente de Cóndor a Lima, Perú, para llevar a cabo operativos de Cóndor. Un memo clasificado descubierto en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile en 1999, decía que el director de inteligencia de Perú estaba informado de esta posición de Cóndor en la Embajada de Chile en Lima. <sup>15</sup>

McSherry dedica un capítulo a examinar la historia de varios militares que participaron en la OC. Al estudiar el caso de James Blystone (oficial de seguridad regional de Estados Unidos —Regional Security Officer, RSO—), la autora hace una interesante alusión al Perú. Según ella, Blystone tuvo conocimiento anticipado de la «desaparición permanente» de varios ciudadanos argentinos que fueron secuestrados en Lima en 1980. De acuerdo con McSherry, el 14 de junio de ese año, «un equipo combinado Cóndor compuesto por oficiales de inteligencia argentinos y peruanos, detuvieron e hicieron desaparecer a la argentina Noemí Giannetti de Molfino» y a otras tres personas. El cuerpo

<sup>13</sup> *Ib.*, p. 48.

<sup>14</sup> *Ib.*, p. 50.

<sup>15</sup> *Ib.*, pp. 184-185.

sin vida de Giannetti fue descubierto un mes más tarde en Madrid.<sup>16</sup> Desafortunadamente, la autora no profundiza en el análisis del papel de Ecuador y el Perú en la OC.

Antes de finalizar esta nota, es necesario resaltar una de las preguntas claves del libro de McSherry: ¿cómo explicar el comportamiento inhumano y profundamente cruel de los ejecutores de la OC? Para la autora, el tema institucional es fundamental para entender el comportamiento de los militares latinoamericanos. Estos aprendieron técnicas de tortura y asesinato por medio de un «proceso burocrático», es decir, fueron entrenados para ello. Pero no solo eso, también se les «adoctrinó para que consideraran esa tortura y esos asesinatos como actos patrióticos. Sus comandantes e instructores los condicionaron para creer que sus prisioneros eran subversivos peligrosos y no víctimas indefensas».<sup>17</sup> Tal ideología era una versión extrema de la doctrina de seguridad nacional norteamericana; así, se deshumanizaba a las víctimas presentando la represión como una cruzada sagrada para salvar la patria y no para defender intereses de clase. En Chile, se calculan en cuarenta mil las víctimas de la dictadura, de las cuales 3065 están desaparecidas. En la Argentina, la cifra de desaparecidos podría llegar a nueve mil.

Es necesario concluir que el libro de McSherry es un trabajo importante para entender un periodo doloroso de la historia de América Latina y una etapa de sus relaciones con Estados Unidos. Por medio del uso de un impresionante conjunto de fuentes primarias y secundarias, la autora nos brinda un valioso análisis comparativo de la Operación Cóndor. Sin embargo, deja también varias preguntas sin responder. En primer lugar, ¿por qué los militares latinoamericanos adoptaron la doctrina anticomunista de seguridad nacional estadounidense? ¿Lo hicieron por afinidad ideológica o por razones domésticas, lo que implicaba obtener ayuda económica y militar de Estados Unidos? En segundo lugar, ¿les era necesario a los militares adoptar esta doctrina para enfrentar la amenaza de las fuerzas populares locales? En tercer lugar, ¿qué papel jugaron las

<sup>16</sup> *Ib.*, p. 264.

<sup>17</sup> *Ib.*, p. 236.

elites? McSherry se centra en las acciones de los militares y el apoyo de los estadounidenses a la OC, pero no en las elites, a pesar de que las identifica como aliadas de las fuerzas armadas de sus países.

Estas interrogantes reflejan la que considero es la principal limitación del libro de McSherry: la autora no examina las condiciones y procesos particulares de los países que participaron en la OC. Al enfatizar el papel jugado por los norteamericanos en dicha Operación, McSherry pierde de vista las dinámicas locales y el rol que estas cumplieron en el desarrollo de las guerras sucias. Un examen de tales dinámicas podría ayudar a entender mejor por qué un país con una larga tradición democrática como Chile fue una pieza clave de las guerras sucias o cuáles fueron las razones por las que el Perú y Ecuador ingresaron en la OC mucho después que sus vecinos.

